
LOS PÁJAROS DE ORIÓN

IDENTIDAD

SOY semilla del pueblo, hijo de obrero
que un día, tras las sombras del viaje,
puso su vida aquí con equipaje
de silencio y decoro jornalero.

Hombre cualquiera, por cualquier sendero,
que ordena cada noche su ropaje
y se presenta de escudero o paje
frente al dios de la vida. Yo no espero

cambiar de condición. Humilde he sido
y cuando ya me archiven, reducido
a ficha en el cajón de una oficina,

habrá muerto un obrero solamente,
un apóstol, un hombre consecuente
que supo digerir su disciplina.

FECUNDIDAD

NADA, mujer, más amplio que la gesta
de prolongar el agua de la vida.

¿Puede morir quien deja suspendida
semilla en cumbres al bajar la cuesta?

Nunca tu corazón será protesta
de albas muertas en hora de partida
si aquí queda otro tú que te despida,
sumado amor, con tu camisa puesta.

Amar: permanecer. Cuando mañana
este camino corto, esta besana
un calendario horizontal te ofrezca,

la luz se extinguirá, no su destello,
pues vencido hacia abajo tu cabello
queda tierra fecunda donde crezca.

OCASO

UNA vida a la espalda, una trasera
victoria ya no es vida, apenas peso.
Has muerto cualquier tarde, en cualquier beso,
y carne atropellada en vano espera

canciones matinales, sementera
que invierta la razón del retroceso.
Tu corazón, amigo, es un suceso
más tullido y pisado que una estera.

Has muerto el día que a tu propia puerta
llamaste urgente, con tu mano propia,
y no te respondieron. Te ha vencido

mal sueño del que nunca se despierta.
Lo que estás viendo es una fotocopia
de aquel que no serás porque ya has sido.

CICATRICES VIEJAS

PORQUE la vida es baile repetido
que cesa cuando pierdes el compás,
giras lento los ojos hacia atrás
y ves las huellas de otro tú perdido

alrededor del tiempo. ¡Qué alarido
prolongan los caminos cuando vas
arrastrando tu imagen! Lo demás
duerme ya sepultado en el olvido

de aquello que era luz y sin embargo
vierte sombra. Viajero en cofradía,
hombre de hacienda corta y sueño largo,

puedo certificar que fuiste un día
nube alada y te queda el miedo amargo
del que mira su sombra y desconfía.

EL POLVO DE LOS CAMINOS

ESTE derrumbamiento suspendido,
polvo impreciso, rostro verdadero
del alma de la tierra y del viajero
que camina cansado hacia el olvido,

parece descalabro repetido
de la conciencia, cuerpo muerto, pero
perturba la belleza del sendero
cuando pisan su orgullo diferido.

Monótono resumen del pasado,
derrota lenta de la autonomía,
blando silencio mineral, neblina,

el polvo es la ceniza del pecado
más viejo de la tierra, rebeldía
y miedo para el hombre que camina.

AMANECER ESPLÉNDIDO

DE pronto el campo, sensorial, un lecho
bajo mis pies extiende. Desbandada
de pájaros me inunda levantada
frente y mi corazón, triste, maltrecho,

galopa hacia la vida por derecho
de urgente prioridad. De pronto nada
suena confuso y la verdad, anclada
entre las dos preguntas de mi pecho,

resucita amplitud, me circunscribe,
besa perfiles mudos en declive
de sombra que el rocío purifica.

De pronto, cuando Dios abre la puerta
de esta luz infinita, magna oferta,
la eternidad revienta y me salpica.

HIJO EN SOMBRAS

REPTANDO voy debajo de los días.
Mi vida cotidiana es un mortero
y pronto tiene que estallar y espero
que aproximes tus manos a las mías.

Hoy me dijeron, padre, que encendías
al pie de mi camino un candelero
que nunca quise ver. ¿Para qué quiero
voluntad reverente, manos pías?

La ciudad roba zumo de naranja
al cielo melancólico de octubre.
¿Quién era yo en las calles, quién no era?

La suma de mi carne acaba en zanja.
Niebla oxidada las paredes cubre
y estoy ciego y no encuentro tu escalera.

ORACIÓN POR LA PAZ

CON manos escarchadas hoy te pido,
Señor, que tu mirada me taladre
las venas amarillas cuando ladre
sobre mi honor el perro del olvido.

Sentimiento de pétalos he sido
dentro de la ternura de una madre.
No conozco trinchera que me cuadre
ni silencio de piedra merecido.

Porque esparce la sombra todavía
agravios de fusil en las escuelas,
cada niño soporta un compromiso.

Por ellos —y por mí— pido este día
liberaciones de amor, no centinelas
ni serpientes rondando el paraíso.

CONDICIÓN REPTANTE

NEVABA aquí. Se puso en pie la vida
y me arrancó de golpe la bufanda.
Hoy, juglar de la mesa del que manda,
digiero la hinchazón de aquella herida.

Mi corazón, noche funesta, anida
silencio recostado en al baranda
del desamor, oferta sin demanda
y un semáforo abierto a la estampida.

Vine al desfile, mano prolongada
a la caricia de cualquier saludo,
símbolo permanente de reparto.

Y oculto entre la piedra maltratada
de los días, perífrasis de embudo,
arrastro el corazón como un lagarto.

ELECTRÓNICA DE GUERRA

TÉCNICO sacramento corrosivo
bajo fulgor de ordenamiento humano,
babel alzada en confusiones, vano
privilegio de mono conflictivo.

Duerme lejana mi otra vida: olivo
de sombra espesa, matorral, majano
preñado de reptiles, altozano
con encinas, oráculo festivo.

Diodos, relés, multímetros, paneles,
regletas luminosas y tornillos
perturban el decoro de una mesa.

Y el alma idiotizada, en los laureles,
pidiendo amor por todos los caminos.
¡Desdichado animal que no progresa!

CEMENTERIO DE GUERRA

RELOJES mudos, cruces paralelas,
huesos en el desfile del olvido.
Aquí lo vencedor y lo vencido
se han quedado en ayunas, a dos velas.

Piedras frías, yacentes centinelas.
Nombres que nada dicen: pan mordido
que deja entre la sangre un alarido
y en la boca de Dios dolor de muelas.

Quedan atrás —indecoroso rito—
calzadas de silencio atropellado
por un salmo de botas y guerreras.

El soldado es papel que alguien ha escrito
con tinta de su amor crucificado
y estos sepulcros son las papeleras.

LOS EGÓLATRAS

AHÍ los tenéis, reptiles de la fama,
langosta avara sobre tallo tierno.
Suben y suben aunque el ojo eterno
deslumbre cada impulso con su llama.

¿Son monos agarrados a la rama
donde puso Amaltea bello cuerno?
Sólo sé que se acerca ya el invierno
y ellos cazan estrellas en pijama.

Bullen —sonoros cráneos numerados—
bajo rayos de humilde palmatoria.
Su conciencia perturba, desnivela.

Pero no los lloréis, están fichados.
Allá, malos alumnos de la historia,
padre inmortal los llevará a la escuela.

PRESENTIMIENTO

SIENTO que hay Dios. Me vuelco en el vacío
—seco pétalo suelto sin aroma—
y bruscamente avaro se desploma
el corazón del viento sobre el mío.

Siento que hay Dios. Detrás del desafío
de las masas, de aquel que vence y toma
bandera principal, suena otro idioma
más claro, más preciso, menos frío.

He descubierto el pájaro de nieve
que arrastra el universo en la mirada,
música silenciosa mineral.

Y aquí sigo, fantoche de esta breve
verbena, bajo luz adulterada,
como pájaro en jaula de cristal.

COMPAÑERISMO

SIENTO tu corazón latir sincero
hoy que la soledad se me deshoja
entre las manos y en la cuerda floja
bailamos por la vida, compañero.

Tú lo mismo que yo fuiste viajero
de ocaso que rezuma una congoja.
Sé que también la frente se te moja
cuando baja la lluvia a mi sendero.

Mis pasos son el eco repetido
de tus pasos, antorcha en la caverna
donde van dando tumbos nuestros días.

Y puede que mañana, hacia el olvido,
tu mano amiga, caridad fraterna,
sea quien cierre mis pupilas frías.

MI OTRO YO

LA derrota más trágica, la espina
he sido yo, tu cuerpo. Mis eczemas
hicieron fea tu niñez. No temas,
ya no te vuelve a dar la escarlatina.

¡Venturoso fulgor como aspirina
contra el dolor de todos mis teoremas!
Yo, amigo, te he causado más problemas
que un gatito glotón en la cocina.

¿Tu mente? Metafísicos arcanos
de estrofas y castillos en la arena.
¿Tu corazón? Harina de universo.

Pero yo estaba allí, con mis pies planos,
dispuesto a complicarte la verbena,
espejo tuyo por el lado opuesto.

TESTIMONIO SURREALISTA

DELANTE de la sombra de la roca
que separa mi vida de la nada
he cortado otra vez con la mirada
el pedazo de piedra que me toca.

Lo que era mucha lluvia ha sido poca
para apagar interna llamarada,
ésa que nunca, rosa deshojada,
salta del corazón hasta la boca.

Hice la raya demasiado lejos,
con poca luz, la mano temblorosa,
viajero enfermo de hipermetropía.

No sé si estoy puñado de vencejos
suelto en el alba o sombra que desposa
la sangre del ocaso con la mía.

FOTOGRAFÍA DE RECLUTA

TUERZO la mente hacia el pasado: estaba
de cara al lujo de la vida, erguido,
soñando la verdad que luego ha sido
bajo luces de amor. Ninguna traba

parecía frenar aquella brava
manera de aumentarse. Hoy, vencido,
hacia la sombra avanza del olvido.
¡Qué pena! Se acabó lo que se daba.

Era flor del jardín de lo imprevisto,
muchacho que a través de una cortina
recupera el fulgor de su semilla.

Hoy llora este retrato. Yo lo he visto.
Sobre pudor de vieja cartulina
ha rodado una lágrima amarilla.

CAMPESINOS VIEJOS

YA doblaron el tiempo. Ya han molido
los granos de la última cosecha;
ya apaga viento trágico la mecha
y queda un resplandor atardecido

debajo de las horas. Lo vivido
concreta lejanías de sospecha.
¿Queda a la izquierda, queda a la derecha
la campana oxidada del olvido?

Sus pies cansados —fuego, sementera—
han pisado esta tarde la otra acera
de la calle del tiempo. Fin de etapa.

Tanto camino, tanto sufrimiento
y apenas queda niebla, desaliento
sobre la fría soledad de un mapa.

MENSAJERO

NO era razón de vanidosa excusa
bello rostro preciso. Su mirada,
plácido privilegio de alborada,
rompía lentamente la difusa

cortina de tinieblas y en su blusa,
rosa azul tantas veces ultrajada,
el viento se clavó como una espada
de labios sin piedad. Noche confusa

perturbaba la luz del infinito
y tuvo que incendiarse —bello ejemplo—
para alumbrar opacos corazones.

Crucificado fue: ya estaba escrito.
Pero no se rasgó la faz del templo
ni besaron la cruz los centuriones.

HOMBRE DEL PUEBLO

Tú, columna robusta, quijotesca
lanzada en el molino de la historia,
has movido los ejes de esta noria
bajo enemiga máscara grotesca.

Siempre fuiste engranaje, diente, muesca
de la rueda del pueblo. Cuánta gloria
deja en el viento el ave migratoria
que ayer volaba por tu sangre fresca.

Manantial tantas veces repetido
como heridas te llevas el olvido,
la luz fecunda de tu anonimato

brilla igual que una estrella rutilante.
Eres camino mágico, el diamante
que esta tierra ha pagado más barato.

MERCENARIO

No con palmas gloriosas. Con el hierro
del machete acaricio yo tu oreja.
Quiero saber si escuchas toda queja,
si asistirás de incógnito a mi entierro.

No mires el fusil —sombra, destierro—,
no te repugne mi mochila vieja.
Sé que no soy de tu rebaño oveja,
Señor, pero pudiera ser el perro.

He puesto en evidencia un corazón
amasado en la artesa del cariño.
¡Profunda soledad de mercenario!

¿Qué te impide escuchar esta oración?
Yo, Señor, solamente he sido un niño
que confundió el juguete en el armario.

CUNA LEJANA

AQUÍ tienes —clamaron— esta masa
de carne, su ración de agua bendita.
Deja que crezca el tiempo y se repita
en sucesos de vida. A ver qué pasa.

Y ha pasado que el muro de mi casa
rezuma soledades donde agita
la muerte pan de escombros. ¡Ay qué cita
tan corta, qué merienda tan escasa!

Nada vale el dolor, nada las cosas
queridas que se alejan silenciosas,
mínima inundación sobre los días.

Una noche, embutido en caja el hueso,
queda apenas el ángulo de un beso
retenido en tus órbitas vacías.

LOS QUE APRENDIERON A PENSAR

HORA maldita aquella en que aprendieron
a pensar. Nunca más serán felices.
De todos los enigmas aprendices,
sombra inconcreta, confusión vertieron

por los caminos y la luz que vieron
—¿era una luz?— derrama cicatrices
en la memoria. ¡Oh tétricas lombrices
con ansiedad de sol! No comprendieron

que el agua de la mente es una gota
derramada en el mar de la teoría
los que aprendieron a pensar. Velero

sobre furiosa mar, el hombre flota
disperso en olas de filosofía
y la sombra es el último sendero.